EL ECO LITERARIO.

JURISPRUDENCIA PRÁCTICA.

Causa criminal contra Vicente Pellicer y su consorte Rosa Llobat, instruida por el juez de primera instancia de Murviedro, sobre muerte á Francisco Mir.

Habiendo tenido noticia á las nueve de la noche del 7 de agosto de 1847 el juez de primera instancia de Murviedro de que en la calle Mayor de dicha villa habia sido muerto un hombre, se fue inmediatamente al sitio de la ocurrencia, á donde no llegó entonces por haber encontrado al alcalde, teniente de alcalde y comisario de proteccion y seguridad pública que conducian tendido en una escalera á Francisco Mir y Baylo, á quien se trató de socorrer espiritualmente apenas llegaron al hospital; pero en vano, porque murió estando administrándole el Sacramento de la Estremauncion.

En el sitio de la ocurrencia se encontró un pañuelo y una hoz de segar trigo con el mango todo lleno de sangre y algunas manchas en la hoja.

El comisario arrestó en la cárcel pública á Vicente Pellicer, que se le presentó ensangrentado.

Francisco Mir tenia quince heridas, todas causadas con instrumento de córte y punta, dos de ellas mortales por necesidad, y Vicente Pellicer trece, y dos escoriaciones, graves dos de aquellas. De todas quedó completamente curado á los diez y nueve dias.

Principiado á instruir el competente sumario, bien presto las páginas del proceso dieron á conocer el motivo del ódio mortal que abrigaban Francisco Mir y Vicente Pellicer, animado el de este á la vista de su honra hecha pedazos, y el de aquel, por la pasion criminal hácia la consorte de Pellicer, Rosa Llobat. Así nos parece que lo demuestra patentemente la resultancia de autos, de la que vamos á dar un muy suscinto estracto.

Un testigo depuso: Que sobre las nueve de la noche, oyendo disputar en la calle salió al balcon, y á la luz del reverbero vió á uno que no conoció y á otro que conoció por la voz era Vicente Pellicer, quien reconvenia al otro de poner mal á su matrimonio: Que llamando por su nombre á Pellicer, le dijo se dejára de disputar, mas no obstante siguieron en la cuestion, de la que solo percibió cosas de la muger, pero sin entenderlo bien. A poco el desconocido levantó el brazo y pegó á Pellicer, aunque no distinguió con qué arma, y siguió pegando haciéndose Pellicer atrás lo menos diez ó doce pasos, pero luego vió que dicho Pellicer se agarró al otro, y entonces preveyendo una desgracia, principió á gritar *favor al*

Rey, mas nadie acudió, ni vió por aquellas inmediaciones á persona alguna; y que estando agarrados, cayeron ambos, pero á seguida se levantó Pellicer y se marchó, quedando el otro allí tendido.

Otro dijo: Que oyendo las voces del anterior se asomó á la ventana, y observó bajo del reverbero, á dos hombres como luchando, uno de ellos cayéndose ya y el otro manteniéndose mas derecho, á los cuales no conoció ni les vió arma alguna; que cuando aquel cayó del todo, fue el otro cuatro ó cinco pasos hácia la casa del testigo, y deteniéndose un momento como turbado, volvió atrás, y pasando por junto al tendido, se fue calle abajo. Que al mismo tiempo apareció allí una muger que no supo por donde fue, y cogiendo un bulto que habia algo distante del tendido lo puso á su lado y desapareció.

Una muger manifestó: Que desde su casa oyó disputar á dos y asomándose vió que eran Pellicer y Mir; que aquel decia al otro: «Que se habia de hacer la..... con él aquella noche porque tenia perdida á su muger, y que siendo un hombre casado buscase la suya y dejase las de los demas," y Mir le espresaba no gritára tanto, al mismo tiempo que la muger de Pellicer que estaba cerca le decia á éste que se dejára de disputas y se fuera á casa, á lo que contestó su marido «Que si se acercaba tambien habria para ella." En esto la testigo se entró en casa, mas al instante se volvió á asomar al tiempo que Mir dejó la manta en el suelo y principió á golpear á Pellicer, sin haber visto con qué, y observando que éste se hacia atrás en direccion á casa de la testigo la cerró, y oyó que su vecino el primer testigo gritaba: «Ayuda al Rey," y tambien que Pellicer dijo: «Ya está en tierra, soy perdido;" á lo que le respondió su muger: «Hazte la..... porqué riñes."

Otra depuso: Que desde la puerta de su casa oyó que en la calle Mayor Vicente Pellicer, á quien conoció por la voz, le decia á otro que era un bruto y un cochino, y que podia dejar vivir en paz á los matrimonios, metiéndose con su muger y dejando á las de los demas; y tambien oyó que su muger le gritaba: «Vicente, ven," contestándole aquel: «Anda, vete ó sino habrá tambien para tí." A seguida percibió una voz que decia: «Ayuda al Rey," y cuasi el mismo tiempo á Pellicer «somos perdidos" y á su muger «hazte la..... porqué riñes."

Y otro testigo: Que oyó la voz de un hombre que le pareció la de Pellicer que decia: «Que era un puerco, que trataba de hacer vivir mal á un matrimonio, y que fuera á vivir con su muger," y á corto intérvalo la misma voz: «Me he de hacer la..... de dia y de noche, aquí y á donde quieras," pero no oyó que otro le contestára y sí á una muger que le amonestaba para que se fuera, y casi á seguida la misma muger gritó: «Ayuda al Rey," y en el acto Pellicer dijo: «Nena, ya estoy perdido," y la muger contestó: «Pues hazte la..... porqué riñes:" pensando el testigo seria la muger la esposa de Pellicer á quien se conoce con el apodo de Nena.

Recibida la indagatoria á Vicente Pellicer, declaró: Que sobre las nueve de la noche del 7 de agosto, su amo D. Vicente Riera le mandó salir de casa á un recado, y yendo por la calle Mayor encontró á Francisco Mir, quien sin hablarle le pegó con una hoz y le hirió en la cabeza, y antes que pudiera apercibirse le dió otro golpe y le causó otra herida: Que viéndose acometido de aquel modo y que seguia tirándole golpes, y sabiendo que Mir habia dicho le queria degollar y marcharse á la faccion, donde

habia servido antes, se convenció de que no tenia remedio y era llegado el caso de morir á manos de aquel hombre: Que no teniendo á quien pedir socorro, pues en la calle Mayor todas las puertas estaban cerradas en aquella hora, sacó una navajita que tenia para su uso y trató defenderse, trabándose entre ambos una fuerte lucha: Que fatigado se le cayó la navajita de la mano, despues de lo cual aun recibió una puntada en el pecho, y al mismo tiempo advirtió que Mir flojeaba y estaba para caer y el declarante se escapó: Que á seguida todo ensangrentado se presentó á su amo D. Vicente Riera, y le contó que le habia herido Mir, á quien él tambien habia pegado, y su amo como comisario de policía le mandó detenido á la cárcel: Que el grande encono de Mir era porque un año ó mas que estaba escandalosamente amancebado con la muger del declarante y ésta entregada á él con tanta desvergüenza que tenia abandonada su casa, quedándose á dormir unas noches en las cuevas al rededor del castillo, otras en una rambla y pasando muchos dias enteros en casa del mismo Mir, con quien se presentaba en público sin ningun miramiento: Que tan relajada conducta no habia podido corregir por mas quejas que habia producido el declarante á los actuales alcalde y teniente de alcalde, pues aunque la llamaban, corregian y amenazaban hasta encerrarla varias veces en la cárcel, nunca se contuvo, exigiéndole tambien el alcalde á Mir 100 rs. de multa por cada vez que admitiese á dicha muger en su casa, de donde el espresado alcalde le habia sacado en algunas ocasiones: Que el declarante viéndose abandonado de su muger se puso á servir en casa D. Vicente Riera, hace medio año, en cuyo tiempo no habia mirado con indiferencia la escandalosa conducta de su muger, porque durante él habian tenido lugar muchas de las quejas, pues no podia menos de herirle el público amancebamiento de su muger: Que irritado Mir contra el declarante se jactaba de que le habia de degollar y marcharse á la faccion, cuya especie cinco ó seis dias há que llegó á su noticia por voces públicas, sin poder decir á quien lo oyó, pero sí que se referian á la muger de Mir: Que no puso en conocimiento del juzgado la conducta de su muger, porque como cosas de matrimonio pensaba correspondia á los alcaldes, y viendo que éstos la reprehendian y encarcelaban, abrigaba la esperanza de que se enmendaría: Que nada habia tenido con Mir, pues á quien debia contener y corregir era á su muger: Que ésta nunca le habia amenazado, ni sabia que hubiese sugerido á Mir el que se vengase del declarante, mas era cierto que se irritaba contra éste cuando le reprehendia su mala conducta y resueltamente le decia que nunca dejaria su amistad con aquel: Que no recogió la navajita cuya figura y dimensiones designa. Reconoció el pañuelo resultante por suyo; y dijo que la hoz era como la que llevaba Mir. Estuvo otra vez procesado sobre desavenencias con su muger. *(Se continuará.)*

RECUERDOS HISTÓRICOS.

AÑO 993.

—=—

LA CABEZA DE BORRELL SEGUNDO.

(Continuacion.)

Los quinientos caballeros que con Borrell II salieron contra los sarracenos, agobiados en el Vallés por la muchedumbre de enemigos antes de cejar murieron, y sus cabezas fueron tiradas por los sitiadores dentro de Barcelona.

Viendo los muslimes que el estupor se habia apoderado de los barceloneses con esta barbarie sin egemplo, arreciaron el combate y entraron en la ciudad.

Entonces dispersáronse con furia sedientos de sangre y oro, llevando la muerte en su puñal, y la codicia en su corazon.

Desenfrenados grupos penetran por todas partes, y no es respetada la santidad de los templos, ni la sangre de los niños, ni la pureza de las vírgenes.

Una de estas frenéticas hordas penetra en la plaza de S. Justo, y al contemplar su cruenta obra, arrojan hurras estremecedores.

El templo es profanado, saqueadas las casas, forzadas las puertas del palacio de Orcau, y quebrantando en mil astillas los balcones con sus pintados cristales, tiran por ellos cuanto arrebatan sus manos.

El escudo de la familia, las ocho rosas de oro en campo de gules, cae junto á la cabeza del señor, cuya nobleza blasonaban.

Al saltar sobre las piedras sonó una vibracion férrea que hizo volver á Matilde segunda vez de su anonadamiento.

¡Aun mas desgracias! Matilde ve á María rodeada de sarracenos que atrevidos intentaban manchar la virginidad de ese ángel que Dios formó para consolacion del nacido, lo mas sagrado de una muger.

Matilde lo ha comprendido. Se levanta silenciosa, coge un puñal que en su frenesí perdieron los verdugos, y con demente furia lo hunde en el corazon de un agareno.

Los demas retroceden con estupor al ver la muerte de su compañero, mas cuando conocen que su enemigo es una muger débil y hermosa, se lanzan tambien sobre ella como un nuevo pábulo á sus pasiones.

María estraña á lo que pasa casi no ofrece resistencia, Matilde se defiende con valor esclamando: Abdala, Abdala, sálvame.

—Gualá (1) malditos del Profeta, ¿esta es la generosidad de los vencedores?

El que arrojó esta esclamacion era Abdala, que con cimitarra en mano, dispersó á los opresores de Matilde.

---

(1) Interjecion árabe que significa *por Dios.*

—Aun te he podido salvar, hermosa, (dice) aun he podido mirarte otra vez sin morir de felicidad. Toma mi mano, yo te guiaré entre la ruina y el incendio, y cuando te haya conducido lejos de este malhadado suelo de esterminio, solo hablaremos de nuestra pasion. No quiero ya los laureles; no quiero no la gloria; únicamente anhelo ser amado. Ven, y no haya al rededor de nosotros mas que soledad y amor.

—Al rededor de nosotros no hay mas que soledad y cadáveres. Apartáos: he invocado vuestro nombre sin saber lo que hacia. Ahora quiero olvidarlo ya. Huid: vuestra presencia emponzoña mi vida. Si en mi corazon quedare algo que recuerde á los sectarios del Islam, me lo arrancaré para matar esta memoria. Apartáos de mí: vuestros hermanos han despezado una á una las afecciones mas queridas de mi alma. ¿Dónde está mi patria, si ya no la tengo? ¿dónde está mi Dios, si sus altares fueron profanados? ¿dónde está mi madre, dónde mi hermano?... aquí teneis su cadáver y su cabeza. Mi amiga, la que yo amaba tanto, como mi existencia ha sufrido demasiado.... miradla.... está loca....

Aben-Abdala vió que María continuaba jugando con la cabeza de Hugo, y vió tambien los restos de la desventurada Eulalia. Un vértigo abrasador hace girar los obgetos ante sus ojos, que ensangrentados saltan de sus órbitas, sus facciones se descomponen, su cabello se levanta erizándose, y con la actitud de los que tienen miedo, abraza á Matilde murmurando.

—Huyamos ¡ay! huyamos de esta escena destrozadora. ¡Fatalidad, Matilde, fatalidad! sobre los hijos de Mahoma que perpetraron tanta execracion. Séquense las manos de los que mataron (2). Huyamos, Matilde: solo veo cráneos cuya sangre siempre estará fresca pidiendo venganza (3): solo veo los espectros de tu madre y de tu hermano, junto á los mutilados cuerpos de Borrell y sus caballeros..... Tengo miedo..... Maldito sea el profeta que ordenó tanta destruccion: maldito sea Alá que permitió tales horrores.... Yo tiemblo y no soy cobarde..... antes deseaba las batallas y ahora me horrorizan.... yo no he defendido á mi hermano, he quebrantado mi juramento.... he renegado de mi Dios y mi profeta: huyamos, Matilde, tengo miedo.... huyamos....

Y el infeliz, trémulo, convulso, mira azorado á Matilde.

—¿Huir conmigo? no. Id solo, partid para vuestra patria, y tal vez sus recuerdos gratos borrarán las memorias tristes que os ha legado la mia. Partid: bajo las palmeras de vuestros abuelos recordad una sola vez mi nombre, y dejad caer una lágrima sobre aquellas ardientes arenas. Cuando por la noche alceis vuestros ojos al firmamento fijadlos en la estrella que contemplábamos en horas de mas ventura, y pensad--Matilde la ve tambien.--Allí, entre las bellezas de vuestros hogares buscad una compañera digna de vos, y borre el amor las penas que el amor hizo nacer. Yo aquí sola, enteramente sola con las vírgenes que al Señor ofrecieron su alma, dejaré morir mis dias entre el llanto y las plegarias, y seré una madre para esa infeliz á quien el dolor ha robado la razon. En mis oraciones tambien sonará vuestro nombre, porque esto no puede ofender á Dios que

---

(2) Maldicion árabe.

(3) Los árabes creen que la sangre humana derramada violentamente y no vengada, siempre aparece fresca.

dice:--Todos son hermanos vuestros.--Partid: yo no quiero olvidaros como decia, ni arrancaré mi corazon porque en él quede un recuerdo de vos; al contrario siempre lo conservaré vivo, pues yo os amo, Abdala. Partid: si yo permanezco aquí es porque entre el Criador y la criatura debo seguir al primero, aunque la mente os preferia á él. Partid: yo blasfemaba, y aun llegaría á dudar; si algo resta de vuestra pasion marchad al instante, y sin embargo os amo inmensamente, os amo con toda mi alma, os amo tanto como se puede amar en este mundo.

La pobre niña solloza con amargura infinita.

Estos infelices encontráronse durante pocos momentos en la peregrinacion de ese destierro que llaman mundo, se amaron, y se apartaron para ser desgraciados hasta el dia de su fin.

La locura de María se cambia de repente en estraordinario furor, y arrojando la cabeza de su esposo á los pies de Aben-Abdala esclama:

—Verdugo ¿habeis venido por vuestra víctima? tomadla. No es una cabeza, son muchas, tomadlas todas y con vuestras concubinas libad en sus cráneos bebiendo la sangre de nuevos sacrificados. Y vos, niña, ¿por qué abrazais á este infiel? ¿no veis que es un descreido? huid, huid infeliz, sino os devorará. En su corazon no hay amor; ni su alma tiene piedad; es un asesino.... Y vos, hijo de Satanás, marchad con mi execracion. Y empujando María á Abdala le arroja fuera de la plaza gritando:--Marchad, maldito....

El árabe fija sus ardientes pupilas en Matilde. Un breve instante duró su éxtasis: despues corriendo desesperadamente se perdió entre las encrucijadas de las calles vecinas.

Este cuadro aparece iluminado por el incendio del palacio de Orcau. Son las doce de la noche del 3 de octubre, *año* 993.

Matilde en un convento cuidó de su amiga, y orando lloraba al recuerdo de su madre, de su hermano y de Aben-Abdala.

Arnaldo por vengar á su hermano de armas peleó desesperadamente. En muchos combates encontró la gloria y finalmente la muerte.

Barcelona fue muy luego reconquistada por los cristianos.

(Se concluirá.)

A LA LUNA DE VALENCIA.

I.

A GUISA DE PROLOGO.

Lector, si prestas atencion y quieres acompañarme en mi camino, trazaremos ambos algunos rasgos característicos de ciertos individuos que pululan en la sociedad, y que de algun tiempo á esta parte se han multiplicado, siguiendo sin duda el precepto *Dios dá ciento por uno*. No creas empero, al ver que la ridícula pretension de cuanto escribo sobre el particular sea de propia cosecha; que mi esperiencia es corta, mi vista de miope, y mis oidos de pretendiente; pero como entre los dos es fácil cosa

entrometernos en todas partes, tú me presentarás los modelos que busco, y yo, aprovechando ciertos bocetos que un amigo me regaló, podremos dar felice cima á este pobre trabajo, que á fuer de imparcial y hombre de buena fé confieso, es lástima no haya caido en manos mas hábiles y esperimentadas. Si tú, pues, lector querido, no lo has á escrúpulo y no te muestras huraño cuando implore tu ausilio, yo por mi parte te prometo tambien no escasear nada de cuanto de mí dependa. Caminemos, pues, en buena amistad y compaña, y aunque desaliñado y de pequeñas proporciones tracemos un cuadro, á guisa de aquel que diz se comprometió á pintar en un lienzo de á cuarta la imágen de Sta. Ursola con sus once mil vírgenes, y por salir del compromiso, colocó algunas saliendo por una portezuela, diciendo que mientras esta no se cerrase y á él le quedáran colores, no habian de faltarle vírgenes que hacer: que así yo aunque lo tomes á petulancia mia, lo que dudo, te aseguro por mis pecados no han de faltar materiales para tan complicado asunto. Manos á la obra, pues, que empuño mi péñola ingrata, y por salir del apuro, voy á contarte lo que me han contado. *(Se continuará.)*

POESIA.

LA VIDA.

. . . . . Fastidiado
Con lo presente, volarás ansioso
A otro tiempo y lugar, buscando siempre
Allá tu dicha, donde estar no puedas.
(*Nicasio Alvarez de Cienfuegos.*)

Soplo es la vida mísera del hombre
Que cruza como ráfaga veloz,
Sin que deje pasar huella ninguna
Que recuerde su mágica ilusion.
¡Su mágica ilusion! y mientras dura
De la sangre en las venas el hervor,
Jamás huye del pecho la esperanza,
Ni aun en las crudas horas de afliccion.
Respira apenas el vital ambiente
Contando de su ser el primer sol,
Y antes el lloro baña su pupila
Que apague el astro su inmortal fulgor.
La cuna es bella, y sus felices horas
Si el beso maternal las coronó,
Mas fugaces y rápidas deslizan
Su inconstante placer llevando en pos.
La sien ceñida apenas de sus flores

Y vida rebosando el corazon:
La fantástica mente enardecida
Y en los lábios la risa del candor,
Se lanza audaz entre el mundano estruendo
Su destino ignorando y su mision.
Y se juzga feliz el tierno niño,
Que en cada lábio que su faz tocó
Un ósculo no mira indiferente
Sino el vivo interés de una pasion.
Porque cándido entonces, inesperto
No conoce el engaño matador,
Ni su pecho se agita con la duda,
Ni el *ay* de su suspiro ata su voz.
¡Pero pasan tan breves las delicias
De la infancia gentil!... Como la flor
Apenas dura un dia sobre el tallo
Donde el aura inconstante la halagó,
Así raudas sus horas van cruzando
Y avanza el pié del hombre á otra region.
Tambien dorada, sí, tambien risueña,
Y nos miente y fascina su esplendor,
Cuando lejano entre el azar miramos
El cándido placer que nos mintió.
Cabe el riente, y con incierta planta
Camina el hombre, envuelto en el crespon
De tantas dudas ¡ay! como oscurecen
El que antes miró limpio farol,
Cuya férvida llama relumbrante
De su senda el principio le mostró.
Lucha y se afana hasta que al fin rendido
Sin pensar de los años en la accion,
De su frente antes tersa, ve marchito
El trasparente y límpido arrebol:
Y ya turbios sus ojos, cuyos rayos
Del llanto amargo los cegó el ardor.
Y sueña acaso la muger querida,
El ángel bello que su afan colmó
Vertiendo de su lábio candoroso
Los primeros suspiros del amor.
La blanca mano que halagó su frente
Y el puro lábio dó el placer bebió....
Pero tambien el tiempo desmenuza
La memoria feliz de esta ilusion,
Y otras mil en pos de ella desparecen
Tambien hermosas sí, pero la voz
De la última que nace es mas sonora
Y la que mas penetra el corazon.
Riquezas, gloria, la venganza, el odio,
Los azares del vicio, la ambicion,
Son al nacer del pecho la ventura

Pero al fin su tormento mas roedor;
Hasta que el alma débil ya cansada
De las contínuas luchas que sufrió
La vista vuelve atrás, y de los años
Vé con asombro el surco aterrador;
Que á la vejez sus fuerzas van cediendo
Y el fuego que su pecho enardeció,
Tórnase en frio hielo que marchita
De su esperanza la querida flor.
¿Y qué le resta ya si uno tras otro
El tiempo sus deseos consumió,
Ni cruzan su agotada fantasía
Las vehementes pasiones que engendró?
Tan solo presta calma á sus desvelos
De su conciencia al acallar la voz,
La luz de la virtud que en ella enciende
La inspiradora idea de su Dios.
El cielo son sus votos y la tumba
El puerto de la mar dó zozobró.....
Que es solo un soplo el existir del hombre,
Que cruza como ráfaga veloz,
Sin que deje al pasar huella ninguna
Recuerdo.... de su mágica ilusion.

J. R. Villegas.

COSTUMBRES ANDALUZAS.

LA ROMERIA A NUESTRA SEÑORA DEL ROCIO.

Los usos y costumbres de los pueblos de España merecen examinarse detenidamente; porque ninguna otra nacion los cuenta tan variados, ni los celebra con tan fervoroso entusiasmo. El estudio de sus creencias populares forma parte del filosófico de sus hábitos, de su literatura, y de todos los elementos que constituyen una individualidad nacional. El carácter especial de este pueblo, tan esforzado y belicoso como el primero del mundo cuando se considera llamado á defender la materialidad de sus intereses ó la independencia de sus actos, sobrepuja quizás á todos los de Europa en esa animacion constante, en esa gracia particular y festiva tan uniforme con la lealtad y franqueza de su corazon, como modelada á su risueña fisonomía.

Provincias tiene, sin embargo, en que este espíritu vivificador está representado con mayor fidelidad; y Andalucía, ese pais clásico de las ciencias y de las artes, esclarecida cuna de tantos génios ilustres, por su situacion topográfica en el Mediodia, por el ardoroso clima que disfruta; allí donde la vegetacion se anticipa, y el hálito de sus embalsamados cármenes está convidando á la bacanal y á los bulliciosos festines, nos lo representa

con toda su exactitud. Los andaluces tienen bastantemente acreditada su esquisita gracia y buen humor, las sales con que embellecen sus diálogos, para que nos detengamos en hacer su apología. Apuestos siempre como nacidos para dominar sobre sus mas hermosos y enjaezados caballos, el trage airoso que visten y que á ninguna otra provincia se acomoda mas naturalmente, la franqueza de sus palabras, su generosidad escesiva, el suave eco de su ceceada pronunciacion, y la facilidad con que por una inmemorial costumbre suprimen las últimas letras de los vocablos formando un dialecto propio, aunque no tan estravagante como lo suponen algunos, todo contribuye á la predileccion que tienen entre sus encantadoras paisanas, y aun entre las notabilidades fashionables de las demas provincias del reino.

Pero contraigámonos á nuestro propósito, y á reducir á nuestros lectores al célebre barrio de Triana en Sevilla, en época de la festividad de nuestra Señora del Rocio. Señalada está en el almanaque del arzobispado su celebracion, hácia la Pascua llamada de Pentecostés, y ya con doce á quince dias de anticipacion se cita á junta general de cofrades de la hermandad que lleva el nombre de la Vírgen, y queda votado quien ha de ser mayordomo mayor para dirigir la fiesta del año venidero, porque hasta la terminacion del presente no toma posesion de su cargo; cuya ceremonia se anuncia con la entrega del simpecado en que se halla colocada la efigie, y que deberá guardar con una veneracion propia del obgeto que se le encomienda. Sus fervorosos hijos comienzan desde aquel momento la preparacion de la romería, proporcionándose arrogantes jacos en que verificarla, aparejos lujosos para lucir sobre ellos sus buenas manos de rienda, abundante vitualla y trianeras que los acompañen en ancas; siendo un empeño que cada cual se procura, el que su pareja obtenga la palma de su buen *palmito* y de sus aderezados atavíos.

La mañana del jueves que precede á la Pascua, ofrecen las anchas calles de la populosa Triana y sus salidas al campo á orillas del Guadalquivir, un espectáculo de interés para los estrangeros, tan amantes de las costumbres de este pais; de animacion para los habitadores de aquel barrio y de curiosidad para los vecinos de Sevilla, que en condensados grupos atraviesan el puente de barcas (1), á separar por algunos momentos su imaginacion de los trabajos que les rodean, contemplando la sencilléz de aquellos naturales, la alegría que indican sus tostados rostros al despedirse de los amigos en alas de sus briosos alazanes y de sus enamoradas *chais*, mientras que envuelta en las celosías de su ventana, llora alguna de estas al tañido de una guitarrilla los desvíos del amor, y viendo pasar las uniformes hileras de cofrades y la série de carretas que conducen la flor y nata de las familias acostumbradas á celebrar estos aniversarios, y en la última de las cuales va colocada con suntuoso aparato la imágen de nuestra Señora.

La pradera en que tiene lugar esta romería está situada en término de Almonte, condado de Niebla, á corta distancia del mar y de la embocadura del cristalino Bétis: y aun cuando solo dista unas nueve leguas de

(1) El otoño próximo será reemplazado este antiguo puente de once barcas por el famoso colgante de hierro que se está concluyendo y que será el primero de España.

Sevilla, como la estacion se hace en carruages tan ligeros, hasta el sábado no llegan al punto referido. En medio de aquel estendido campo y bastante próximo á la capilla en que se venera la Vírgen tutelar, se vé una verdadera tienda de campaña, levantada á espensas de la hermandad en la que se deposita la carreta que conduce la Vírgen. Ya con la anticipacion necesaria han acudido en igual forma las hermandades de Almonte, Villamanrique, Pilas, Benacazon, Sanlucar la mayor y demas pueblos comarcanos, habiendo olvidado ya su inveterada asistencia la de Cádiz y Sanlucar de Barrameda, por evitar la travesía por agua. Todas conducen igualmante sus pendones y simpecados, colocándolos á semejanza de los de Triana.

Curioso y sorprendente panorama se ofrece desde entonces á la vista del hombre observador, y del que se complace en estudiar las costumbres de un pueblo fanático por inclinacion á estas escenas pintorescas, con la notable visualidad de unas quinientas carretas luciendo sus adornos y banderolas de color en una amena llanura, la incitadora zambra instrumental y la broma de un continuado baile en que se *jalean* de lo lindo tantas salerosas, recibiendo por premio de sus *sarandeos*, algun intermedio de *jucheo* con su atrevidillo *majo*, haciéndose las madres indiferentes, y mas si el mozalvete tiene modo de vivir conocido, (porque desgraciadamente los hay en Andalucía que viven de milagro) y si tampoco la disgustan los obsequiosos cumplidos del pretendiente. Allí los buenos ginetes contoneándose sobre la arena y aguijoneando los *potriyos*, hasta que levantándose estos de manos, se desprenda de sus hombros el bien bordado *marsellé* que recoje antes de que bese el suelo alguna de las individuas que ha flechado su corazon desde el interior de una choza cubierta de nea y descolorida palma, ó en un corrillo de ambos sexos mientras devoraban fraternalmente sobre el césped sus prevenidos manjares, empinando los dulces vinos comprados en las atarazanas del tránsito, y cuya accion de inteligencia es premiada con un convite en la verbena que rodea á aquel pueblo ambulante, al ruido de las campanas de la ermita, de los vendedores de turron que encarecen sus mercancías, y de los aterradores cohetes y ruedas de fuego que disparan á menudo los habitadores de la pradera.

Distraidos con aquella variedad tan sencilla como interesante, pasan la noche á campo abierto, confundidas todas las edades y sexos, todos los partidos y todos los pensamientos, vaporizados con el incienso que derraman las buñoleras, disfrutando en los estravagantes diálogos de las *castellanas nuevas* (2) y con los lujuriosos cantares de cada corro y cada familia. El domingo se celebran desde medio dia las vísperas de la procesion que verifica el lunes su salida por aquellos campos (despues del ofertorio de la misa) formando en rigorosa hilera todas las hermandades por órden de antigüedad, conduciendo sus mayordomos los pendones respectivos y hachas de cera los demas asistentes, delante del paso en que está colocada la Vírgen que en la capilla se venera, al compás de la música marcial y religiosa, entre el importuno estruendo de fuegos de artificio, y las entusiasmadas voces del pueblo que victorea aquel sagrado nombre en prueba de la confianza que les inspira por sus innumerables milagros.

---

(2) Nombre que se les dá en Andalucía á los gitanos.

Una particularidad bien notable tiene lugar durante las veinte y cuatro horas de dicha solemnidad. Existe á la inmediacion de la capilla un pozo de tan angosta embocadura que apenas se puede introducir un pequeño cántaro, pero de tanta estension en el fondo y de un agua tan fresca y abundante, que no disminuye dos dedos durante esta romería, sin embargo de que no hay otro de que surtirse en aquel término, y que el número de consumidores que se reúne no bajará de 10,000. Cierto vecino de un pueblo inmediato, vestido de color del hábito de San Antonio, es el que se compromete á llenar en dichos dias todas las vasijas sin retribucion de ninguna especie, é impulsado por una devocion que le hace olvidar sus mayores obligaciones. A las tres de la tarde del lunes terminada la procesion, cada una de las hermandades se separa para su pueblo respectivo, y la de Triana pernocta en el hermoso palacio del Coto real (3) llegando á su barrio bien entrada la noche del martes, dia tercero de Pascua.

Unicamente comprendiendo el carácter bullicioso de los andaluces y su afan incesante por novedades; y conviniendo en que, idólatras de su limpio cielo, de sus mugeres árabes y de sus rancias costumbres, es el único pais donde estas se reproducen á riesgo de cualquier sacrificio, sin que las convulsiones políticas desvirtuen su esplendor, ni las escaseces del erario, ó paralizada esportacion de sus frutos, su notorio gusto, solo entonces, repetimos, podrá concebirse la animacion que se advierte en Triana, desde algunas horas antes de divisarse la procesion. No son ya sus habitadores los únicos que gozan de tales momentos de alegría, es tambien el inmenso pueblo de la ciudad, bajo la prosáica techumbre de un coche de camino, ó sobre la mullida alfombra de un landó descubierto; son las clases todas y todas las condiciones, confundidas como por encanto, y que esperan desde el anochecer con impaciencia, comiendo los sabrosos turrones de la *velada* (4) que hay en la estacion, ó descansando en los bancos, taburetes y balcones de las casas, colgadas é iluminadas simétricamente. Llega al fin el momento decisivo. Agítanse las campanas de las iglesias del barrio para anunciarlo. Las masas imponentes de ciudadanía se estrechan y comprimen retrocediendo de su terreno conquistado; el murmullo crece; las banquetas y sillas ruedan por el suelo; lloran los inocentes parvulitos para que sus padres ó amas de cria los empinen; la música que espera en las afueras entona alegres tocatas, y ya no puede dudarse que la procesion se acerca.

El órden de la comitiva es el siguiente:

Un piquete del egército abre paso á un tamborilero y un pito que anuncian la bienvenida con sus desarmónicos acentos. Síguenle dos interminables filas de *cofrades* de la hermandad, conduciendo á las ancas sus acicaladas *jembras*, trayendo en las manos teas encendidas, y por adorno en los sombreros de cucurucho varias estampas de la Vírgen. Vienen luego diversos y variados grupos de ambos sexos á pie, y con blandones, flores, estampas y ramos de oliva, comprado todo en la romería: una música de capilla, y comienza la série de lujosas carretas perfectamente iluminadas y llenas de familias devotas, entonando á voces varios cantares al compás

---

(3) Llámase así porque pertenece al patrimonio de S. M.

(4) La palabra velada en nuestras provincias del Mediodia sustituye á la de verbena con que la conocemos en Castilla.

de las castañuelas, panderos y guitarras, y por último la en que está colocado el simpecado con la efigie milagrosa, tras de la cual toca piezas escogidas una música militar convidada al efecto. Imposible seria describir la alegría que produce en los semblantes de sus admiradores el busto de la imágen Santa, los vítores que le prodiga la multitud, y los cohetes que se disparan entretanto que llega la procesion á la casa del mayordomo nuevo, donde queda en depósito hasta el siguiente año, en que se repetirá la fiesta que hemos descrito.

Entonces el inmenso pueblo, cubierto de polvo, estropeado por las apreturas de la estacion, medio asfixiados con el humo espeso de los hachones de la comitiva, de los candiles de los turroneros y el aroma del aceite de los buñuelos, se vuelve á sus acantonamientos gozoso con la distraccion; porque tal es el carácter de los andaluces, que sobrellevan las molestias de una estravagante costumbre, por no borrar del catálogo de las que cuentan, lo que mueva á bullicio y á curiosidad.=*Manuel M. del Campo.*

FELIPE DE LUCHEX,

NOVELA ORIGINAL

escrita por D. Joaquin Bardo de la Casta.

—=—

PRIMERA PARTE.

(Continuacion.)

CAPITULO VII.

En que se dice lo muy llorada que fue la muerte del duque de Marancy, y en que se da cuenta al lector de la carta que el conde de Luchex escribió á su hijo.

El asesinato del duque de Marancy llenó de asombro á todos los vecinos de París, y los mismos protestantes no sabian cómo esplicarse aquel acontecimiento, que por de pronto iba á desacreditar la causa que defendian y á hacer que se redoblasen las persecuciones de parte de los católicos, instigados por el rey de España, que no perdonaba medio de ninguna especie para meter la discordia en Francia y hacer que de ese modo este reino viniese á sus manos, que era el pensamiento que durante muchos años atormentó la imaginacion del poderoso Felipe II. El embajador español se presentó al dia siguiente á hablar á Catalina de Médicis y le pidió venganza de la muerte del desgraciado duque: contestóle ésta de la manera mas satisfactoria á su causa, prometiendo hacer desterrar algunos gefes del partido protestante y dar pronta muerte á todo el que apareciese complicado en el horrible crímen. Con esto el embajador se fue muy sa-

tisfecho á su casa pensando en que acaso la muerte del duque de Marancy iba á abreviar el dia en que los españoles pudiesen tambien llamarse dueños de la Francia.

El viejo conde de Luchex no fue de los que menos sintieron la catástrofe que ocupaba todas las lenguas de París; habia sido antiguo amigo del duque, le habia protegido siempre y acababa hacia poco tiempo de darle la última prueba de amistad haciendo nombrar á su hijo Felipe agregado á una embajada; mas cuando se puso á pensar en que Berta habia entrado en un convento dejando de ese modo libre á su hijo para que se casase con su hermana Margarita, cuando pensó en que habiéndolo impedido él y logrado que su hijo saliese de París para dejar libre campo al duque de Marancy, habia sucedido que de repente éste murió dejando otra vez libre á Margarita para que Felipe redoblase sus instancias.

—¡Oh! esto es prodigioso, se dijo entonces el anciano. Dios quiere que mi hijo sea esposo de Margarita. Dios quiere unirlos, y vanos serán los esfuerzos del hombre que trate de impedirlo. Cúmplase pues la voluntad de Dios. Hé aquí como aquel hombre que hacia poco se obstinaba en no dejar casar á su hijo con Margarita, cede de repente al ver que la Providencia, segun decia, disponia que se uniesen. Dispuesto, pues, se hallaba á no oponerse á los deseos de su hijo si acaso éste, como era de esperar, persistia en lo mismo cuando regresase de Madrid. El anciano conde creyó que debia escribir á Felipe participándole la muerte de su protector, y hé aquí de la manera que le escribió.

—«Querido hijo: Muy sensible me es tener que escribirte en esta ocasion, y la pluma se niega á venir á mis manos, cual si adivinase el dolor que va á causarte, pero es preciso que lo sepas. El duque de Marancy tu protector, fue asesinado hace dos noches en el callejon de la Tirrene, cerca de la casa del marqués de Hervilliers, de donde acababa de salir hacia poco: la muerte de este hombre que tantos dias de gloria ha dado á la Francia, ha sido sentida por todos, y la indignacion ha subido al mas alto grado cuando con fundados motivos se ha sospechado que los protestantes son los autores de tan horrible crímen. El embajador español se presentó ayer á Catalina de Médicis, y despues de conversar largamente con ella, entraron ambos á ver al Rey, el cual, apenas supo que el noble duque de Marancy habia sido asesinado, y que su única culpa era solo el ser católico, se indignó sobre manera jurando despues esterminar á los protestautes y castigar terriblemente á todo el que apareciese complicado en el crímen. Hasta de ahora nada se ha descubierto, y todos sus buenos amigos hacemos los mayores esfuerzos para indagar y descubrir á los asesinos. ¡Oh! quiera Dios que caigan en nuestras manos, y que podamos vengar la muerte del noble y generoso duque: quisiera, hijo mio, que en estas circunstancias te hallases en París para ayudarme en mis indagaciones. El marqués de Hervilliers está como yo, desconsolado, y su hija Margarita ha sentido tambien la muerte, pues la repugnancia que la diversidad de edades habia hecho nacer en su corazon, se habia ya convertido en un profundo cariño hácia el que iba á ser su esposo. ¡Ah! pobre Margarita, y pobre de tí tambien, hijo mio, y digo esto, porque muerto tu protector, nada podrás adelantar en tu empezada carrera: ninguna influencia tengo en la córte, y por consiguiente, sino hoy, mañana tendrás que regresar otra

vez á tu casa, y contentarte con vivir oscurecido al lado de tu padre que nada podrá hacer por tí, sino es darte buenos consejos y entregarte la espada con que él supo conquistarse el título que lleva, en otros tiempos en que la córte estaba siempre en las tiendas de campaña, y en que el Rey no se desdeñaba de ir cubierto de hierro. Ahora solo reina la intriga y el favoritismo, y pobre de aquel que no tiene un amigo en la córte que le proteja. Adios, querido Felipe, cumple en todo como caballero, y piensa que el apellido que llevas lo he llevado yo veinte años por esa Italia, sin que jamás haya caido sobre él una mancha que haya oscurecido su brillantéz.=*El Conde de Luchex.*

TEATRO.

REVISTA CRITICA.

Funcion estraordinaria dispuesta por el Sr. Gefe político, con destino de sus productos á la mejora y ornato de los paseos de esta capital.

La mágia, ese becerro dorado que las empresas suelen erigir de vez en cuando en el santuario del buen gusto, ha vuelto á atraer á sus numerosos devotos durante las pasadas fiestas, con escándalo de los rigoristas y no poca satisfaccion de los interesados en el lucro. El espíritu y la materia, la literatura y el dinero son como dos polos que al acercarse se rechazan; ya se vé: se hallan por desgracia tan poco egercitadas las facultades de la multitud, que solo prestando continuado pávulo al sentido por escelencia, y halagando el instinto de la generalidad hácia lo sobrenatural é increible, puede exigírsele sin agravio su contingente pecuniario. Si el teatro es la escuela de las costumbres ¿quién duda que la mejor leccion de moralidad y de gusto es una comedia de mágia?....

Despues de *La hermosa de los cabellos de oro*, venia como llovido el célebre *Sí de las niñas*, modelo que siempre presentarán con orgullo los clásicos y puristas á las diversas fracciones de las demas escuelas literarias. Aplaudimos á la autoridad que tan dignamente ha correspondido en esta parte á los deseos del público verdaderamente ilustrado; y tanto mas cuanto nos ha proporcionado la grata ocasion de reconocer hasta el punto que es debido, el mérito de nuestra compañía de declamacion. Mas para apreciar cual corresponde sus esfuerzos, justamente premiados por la aceptacion de una numerosísima y escogida concurrencia ¿no será preciso poner como en relieve la dificultad de reproducir hoy dia con éxito una comedia rigorosamente clásica, de costumbres que han debido sufrir las modificaciones de los acontecimientos y espíritu general de esta bienaventurada mitad de siglo? La escuela misma de Moratin ha tenido que transigir con ciertos avenidores, digámoslo así, que autorizan la infraccion de las reglas siempre que este abuso del génio sea el gérmen de bellezas, inconcebibles de otra manera; la mayor parte de los actores contemporáneos se ha formado en la repetida egecucion de los dramas históricos y románticos; el *Sí* que antes daban las niñas con tanta docilidad á sus madres, en prenda

de sus recatadas virtudes, quizá le dan hoy mas fácilmente á sus amantes, cual vínculo de su egoismo y volubilidad: tanta es la distancia que moralmente percibimos desde el 24 de enero de 1806 en que se representó en el teatro de la Cruz la preciosa cuanto acriminada comedia de D. Leandro de Moratin, hasta el 2 del corriente en que aun la hemos aplaudido en el nuestro. Por lo demas, es ya una idea tan vulgar la que todos tenemos formada del mérito y oposicion injusta que en un principio sufrió esta acabada composicion, que solo creemos complacer á nuestros lectores, limitándonos al juicio de su reciente representacion.

El Sr. Guerra estuvo generalmente bien, y escenas egecutó en que Moratin mismo le hubiese aplaudido; pero por desgracia no es todo perfeccion en los actores que gustan de generalizar sus facultades. Aquel artista debió vestir rigorosamente como marca Rita en la escena 8.ª del acto 2.º, con mayoría de razon cuando un anacronismo en la representacion del papel de D. Diego es mas notable, por lo que contraria al pensamiento dominante en la comedia. Si Doña Francisca ha de dar su sí á *un caballero muy honrado, con su chupa larga, su camisola limpia, y sus sesenta años debajo del peluquin*, el bigote, el frac, los pantalones y la peluca á la moderna, modifican notablemente la idea feliz del autor. Verdad es que oimos desfigurado el pasage que acabamos de indicar, no sabemos por qué ni para qué; pero en todo caso, ¿puede la crítica consentir semejante adulteracion? La Sra. Valero comprendió su papel, aunque á decirlo todo, nos pareció un tanto sentimental y afectada en algunas escenas que exigen de la actriz la misma naturalidad y llaneza que marcó en sus bellas relaciones la *facilidad dificultosa* de Moratin. Siguiendo concienzudamente esta vía se distinguieron por su aplomo, propiedad y gracejo cómico las Sras. García y Orgáz, y los Sres. Orgáz y del Rio.

La parte lírica con que se amenizaron las dos representaciones no nos compromete á decir nada de nuevo. El 2.º acto de *Attila*, su duo de bajo y barítono y las arias de *Gemma*, fueron cantados como siempre. En la tonadilla *Los majos de rumbo*, la Sra. Cattinari suplió con su gracia italiana, aquella sal y pimienta que distingue á la raza árabe de las orillas del Bétis: solo al Sr. del Rio le es concedido ser valenciano y andaluz: ¡que viva su habilidad!

Tal ha sido en su parte mas notable el éxito de la funcion, cuyos productos han de destinarse al ornato y mejora de los paseos de esta capital; ahora, ya que los actores *gratis*, y el público pagando han secundado con eficaz celo el pensamiento de la autoridad, inútil es añadir que aguardamos con interés el resultado positivo de tan justa cooperacion.